

EL ORIGEN DE LA NACIÓN Y LOS HISTORIADORES LATINO-AMERICANOS*

Ricardo Alberto Rivas

*"Unidas con lazos que el cielo formó,
la América toda existe en Nación"*

Vicente Salías, 1811.

*"...formar argentinos a ejemplos de
aquellos que por serlo, golpeaban en 1810
las puertas del Cabildo..."*

Carlos L. Massa, 1874.

expresión en la historiografía es obvia.¹

El aporte de los historiadores a la función estatal no deja dudas. En efecto, la mediación que el Estado establece entre las clases sociales no lo logra simplemente como artefacto sino también como conciencia; de allí el rol de los intelectuales del statu quo quienes, como dice Alberto Pla, suman su inteligencia a la fuerza y entre ambas integran los aparatos de dominación.

"...la relación Intelectuales/Estado es un problema superestructural lo mismo que la política, y tanto el pensamiento (sea ideología o ciencia) como el Estado (aún considerándolo como poder político a lo Max Weber) están inmersos en la totalidad de la sociedad (o sea en la relación estructura/superestructura)." ²

Por tratarse de una cuestión sobre el origen de la nación según la historiografía, y teniendo en cuenta la impronta dejada por los his-

INTRODUCCIÓN

Desde una perspectiva teórica de mayor alcance -cuyo resultado en este caso considero relativamente modesto-, trato de abordar la cuestión planteada sobre el origen de la nación en la historiografía latinoamericana, observando el rico debate que al respecto están llevando a cabo calificados historiadores y especialistas de otras disciplinas sobre el "fenómeno Estado-nación".

La intención es contextualizar el tema en el proceso de conformación del Estado nacional en América Latina, considerando interno a él a las distintas formas de la conciencia social, cuya

* Versión corregida y ampliada de la ponencia presentada en el Simposio "América Latina a fines del siglo XX: Claves históricas de su presente". V Jornadas Inter-Escuelas-Departamentos de Historia y I Jornadas Rioplatenses Universitarias de Historia. Montevideo, 27, 28 y 29 de setiembre de 1995.

¹ El problema no es nuevo ni el enfoque es original, pese a lo cual creo que este trabajo aporta algunos aspectos menos explorados en la copiosa producción acerca del tema y que en parte se cita más abajo. Como contexto historiográfico, resulta muy útil el artículo de Marta E. Casaús Arzú- "Los préstamos metodológicos de la historia y las Ciencias Sociales en América Latina en las últimas décadas. Revisión bibliográfica". En *Revista de Historia*. Nº 5. Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Comahue. Mayo 1995. Pág. 11-38. La importante compilación de Antonio Annino, Luis Castro Leiva y Francois - Xavier Guerra - *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. Ed. Iber Caja. Zaragoza, 1994, hubiese sido una gran ayuda, pero lamentablemente, tuve conocimiento de esa obra luego de redactar este artículo.

² Alberto Pla-"Los intelectuales y el Estado", en Anuario Nº 16. Segunda época. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, 1993-1994. Pág.81-88.

toriadores del siglo pasado, el objeto de estudio está impregnado de historia política. De tal manera que el tema puede -por su naturaleza- provocar una fuerte tentación a mirar hacia la historia política y a la narrativa histórica; y a la vez, a plantear el desafío de sustentar el análisis precisamente, desde la percepción globalizadora de la historia social y de las formulaciones teóricas del materialismo histórico.

¿HISTORIA SOCIAL O HISTORIA POLÍTICA?

En sí misma, ya se sabe, la historia social no constituye un paradigma conceptual homogéneo. De hecho, la diversidad ha sido reconocida aún entre los referentes de *Annales*, aunque en su momento, fue relativamente uniforme la oposición a la tradición historicista en sus vertientes más connotadas, tales como la historia política y la historia narrativa.

La rivalidad con la historiografía tradicional no tenía por qué tener efectos homogeneizadores. De hecho, no impidió diferencias con algún grado de significación, tales como las que en cierta medida separaban a los que centraban su análisis en las tres duraciones correspondientes a *estructura*, *coyuntura* y *acontecimiento*, de los que recurrían a los tres niveles analíticos, *producción*, *clases sociales* y *Estado*.

Es cierto que la historia social, económica y de las mentalidades, pudo provocar efectos negativos al impugnar la relevancia de los eventos políticos -cosa que los mismos *Annalistas* están revisando críticamente-, pero es muy difícil que su aporte al estudio del pasado desde perspectivas totalizantes se haya agotado o que esté en crisis.³

³ Cf Julián Casanova - *La historia social y los historiadores*. Editorial Crítica. Barcelona, 1991. Pág.39-48.

La llamada crisis de la historia social y las múltiples causas esgrimidas por diversos autores han servido en muchos casos para reclamar el retorno a la historiografía tradicional, como reacción a supuestos vicios deterministas y a la ausencia de procesos políticos en la historia social.⁴

Es sabido que el estigma del determinismo es una acusación de vieja data que ha apuntado en la mayoría de los casos contra el materialismo histórico, y si bien no puede exonerarse de culpa a todos los historiadores que trabajaron desde esa perspectiva, la acusación es excesiva e indiscriminada.

En cuanto a la ausencia de la política, también es probable una relativa exageración, pues no todos los historiadores sociales hicieron historia "sin política" y de hecho, los historiadores marxistas en su mayoría no la dejaron de lado.

Aunque el narrativismo y la historia política no tienen necesariamente que arrastrar consigo la característica más importante de la historia tradicional, tal como ser historia de *élites*, es obvio que por el contenido que encierran, un retorno a ciertas *formas* puede no ser una decisión neutra de los historiadores, así como tampoco lo son formulaciones revisionistas que en algunos casos, se empeñan "en hacer pasar novedad por innovación", como diría Pierre Vilar.

A propósito, Josep Fontana ha elaborado propuestas superadoras que, no obstante, en muchos casos podrían ser acusadas de "conservadoras", como mantener el nombre y el uso de categorías tales como clase, burguesía, capitalismo, etc.⁵

Las recomendaciones de Fontana resul-

⁴ Peter Burke - *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Editorial Gedisa. Barcelona, 1993. (Edición inglesa, 1990). Pág.87-93.

⁵ Josep Fontana - *La historia después del fin de la historia*. Editorial Crítica. Barcelona, 1992.

tan útiles a la hora de reflexionar sobre el tema en cuestión, tema que, como dije al principio, bien puede tentar al historiador -desprevenido o consciente- a buscar en la historia política de viejo cuño el modo de abordar el problema acerca del origen de la nación.

La historia política fue tradicionalmente la manera como se manifestó la concepción elitista de la sociedad, por lo cual no debe sorprender que su contenido, expresado mediante la historia narrativa, haya predominado y no sólo durante el siglo pasado bajo la guía de Ranke; tampoco debe sorprender que siempre habrá otra manera de interpretar la historia.⁶

Si bien desde los primeros tiempos predominó la historia política y narrativa, la rebelión de los "Ilustrados" del siglo XVIII provocó un momentáneo desplazamiento cuya recuperación parecía fuertemente lograda en el siglo XIX, aunque debió coexistir con modalidades historiográficas que se ocuparon de la cultura, la economía, la sociedad; tanto en Europa, como en Estados Unidos y en América Latina.⁷

En ningún caso la historia es solamente la narración de los hechos políticos, ni siquiera cuando éstos constituyen el eje temático de estudio, tal como es el caso del Estado-nación. Efectivamente, su origen, contenido, declinación actual y otros componentes del análisis, pueden como los demás temas, ser abordados desde la perspectiva más totalizante de la historia social, así el objeto imponga un determinado tipo de fuentes y un diseño metodológico relativamente específico. No se trata de desistir de la historia política, se trata de contextualizarla.

⁶ Sobre el retorno a la narrativa, la historia política y el impacto teórico del debate, ver Julián Casanova, Op cit. pág.114-137. Acerca de estas tendencias en la que Peter Burke considera la "tercera generación" de la Escuela de los Annales, ver de este autor Op cit. pág.68-93.

⁷ Peter Burke, Op cit. pág.15-19.

SOBRE ESTADO Y NACIÓN

Eric Hobsbawm dice con cierta ironía que podría ser un indicador del ocaso de las naciones y el nacionalismo, el hecho de que los historiadores se ocupen del tema.⁸ En efecto, los historiadores pueden analizar el origen de las naciones desde la posición privilegiada que otorga un ciclo cuya declinación es obvia, aunque sea menos predecible el fin de este proceso. La contribución de la historiografía en este sentido es también poco predecible, pues ella dependerá de la destreza del investigador, pero también del contexto ideológico en que se desenvuelva.

De manera similar, en la época de la formación de los estados nacionales en América Latina en el siglo XIX, los historiadores hicieron un balance del pasado desde una posición que también creyeron privilegiada. Como en el caso anterior, la destreza y la ideología iban juntos, pero de la misma manera, esta última era definitoria en el momento de juzgar el pasado.

Los debates acerca de qué es una nación y cuál es su origen están ocupando un importante espacio en los últimos veinticinco años, cuya diversidad de enfoques y cantidad de publicaciones llega a parecer apabullante. Una muestra de esto puede verificarse en una importante compilación de Gil Delannoi y Pierre André Taguieff⁹, donde se incluyen trabajos de las décadas de los setenta y ochenta que permiten una visión de la evolución del tratamiento del tema durante esos años. También resulta de gran ayuda la *Introducción* de Eric Hobsbawm a su trabajo mencionado, así como el primer capítulo del libro de Andrés de Blas

⁸ Eric J. Hobsbawm - *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Trad. de Jordi Beltran. Editorial Crítica. Barcelona, 1991. Pág.196-197.

⁹ Gil Delannoi y Pierre André Taguieff (compiladores) - *Nacionalismo*. Trad. Antonio López Ruiz. Ediciones Paidós. Barcelona, 1993.

Guerrero sobre el nacionalismo europeo¹⁰, por el estado de la cuestión que en cada caso presentan.

Estos autores dan una visión bastante acabada de las diversas formulaciones teóricas al respecto, desde las pocas pero importantes contribuciones del siglo pasado hasta la actualidad, aunque son escasas las referencias a los casos latinoamericanos.

Ha sido el autor británico Benedict Anderson quien ha dedicado una parte de su análisis al surgimiento de los estados nacionales en América (Estados Unidos, Brasil e Hispanoamérica), a los que califica como los "pioneros criollos", sustentando que las naciones americanas preexistían a la independencia.¹¹ Esta hipótesis ha sido severamente cuestionada por José Carlos Chiaramonte en diversos trabajos sobre el tema, así como en una reseña sobre el libro de Benedict Anderson recientemente publicada en el *Boletín* nro. 10 del Instituto Emilio Ravignani.¹²

¹⁰ Andrés de Blas Guerrero - *Nacionalismos y naciones en Europa*. Alianza Editorial. Madrid, 1994. Pág. 15-46

¹¹ Benedict Anderson - *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. Eduardo L. Suárez. Fondo de Cultura Económica. México, 1993. (La primera edición en inglés, 1983) Particularmente pág.77-101.

¹² José Carlos Chiaramonte ha desarrollado su hipótesis en numerosos trabajos, tales como "Formas de identidad política en el Río de la Plata luego de 1810", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr Emilio Ravignani*. 3 serie número 1. Buenos Aires, 1989. "El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana", en *Cuadernos del Instituto Ravignani*, Instituto de Historia Argentina y Americana. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Número 2. Octubre de 1991. "El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", en Marcello Carmagnani (Coordinador) - *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1993. Pág.81-132. Michael Riekenberg ha analizado la evolución del concepto de nación en un breve período, anterior a su consolidación luego del derrocamiento de Rosas. Cf "El concepto de la nación en la región del Plata (1810-1831)", en *Entre pasados*. Revista de Historia. Año III. Nro. 4-5, 1993. Pág. 89-102.

Resulta muy convincente la idea de que se está viviendo una declinación del nacionalismo, como resultado de la propia "decadencia del Estado-nación". Esta decadencia está íntimamente asociada a la globalización del capitalismo, la cual expresa en gran medida, las características de la crisis actual del sistema.

Los estudios sobre la onda descendente que afecta a la economía mundial a partir de los setenta ha provocado una copiosa literatura desde concepciones ideológicas diferentes (estructuralismo, liberalismo, marxismo), que en muchos casos agregan el prefijo "neo" como manera de diferenciarse superadoramente de sus matrices respectivas. A su vez, este difícil fin de siglo parece propenso a remozar viejas fórmulas para el conocimiento histórico, tendencia que Julián Casanova ha llamado "la moda de los retornos"¹³, moda que en algunos casos, ha dado valiosos aportes al poner en término medio formulaciones exageradamente excluyentes -casi maniqueas-, tales como las que consideraban insalvable la oposición entre historia social e historia política.

La cuestión del narrativismo histórico, por ejemplo, es uno de los temas cuyo debate de vieja data fue reactualizado desde que Lawrence Stone propuso el retorno a la narrativa y Eric Hobsbawm lo consideró inconsistente. En rigor, muy difícilmente un historiador pueda eludir el relato en forma absoluta; no obstante, el tema continúa instalado, y la autoridad de Hayden White lo ha hecho insoslayable entre los historiadores de diversas matrices ideológicas.¹⁴

Otro de los "retornos" más significativos

¹³ Julián Casanova - Op cit., Pág.114 y ss.

¹⁴ Cf Hayden White - *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Trad Jorge Vigil Rubio. Editorial Paidós. Barcelona, 1992. (La primera edición en inglés, 1987).

era percibido por Alberto Pla cuando hacía notar el nuevo interés sobre el Estado nacional como objeto de estudio, pero que no se trataba de analizar los aspectos superficiales del quehacer estatal, sino de su función en la división del trabajo que le había dado origen.¹⁵

Si bien este tema del Estado ha dado numerosos frutos, tanto en investigaciones realizadas sobre casos nacionales como trabajos más globales sobre el conjunto de América Latina, ha sido en los últimos años cuando el debate acerca del origen de la nación en el contexto estatal ha tomado mayor impulso, coincidentemente con el cuestionamiento que el mismo está soportando.

La crisis del Estado nacional como expresión de la crisis del modo de división capitalista del trabajo correspondiente al modelo de acumulación que le es propio ha sido analizado extensamente, con enfoques más o menos novedosos del marxismo, tales como los que propone John Holloway en numerosos trabajos y cuyas hipótesis están resumidamente expuestas en una reciente compilación de artículos breves.¹⁶

En los análisis sobre América Latina el tema no ha pasado desapercibido, aunque los enfoques no siempre sean coincidentes en aspectos tan generales como la aceptación de una premisa de que la nación no preexiste al Estado; la cual, sin embargo, parece que se amolda bien a la mayoría de los casos.

Esto, aceptable para autores como Carlos Real de Azúa, José Carlos Chiaramonte, John V. Lombardi, Alberto Filippi, Mario Góngora (para este último el caso chileno es

obvio, aunque no la totalidad de los restantes), lo es menos para otros como John Lynch y Benedict Anderson.

Entre los historiadores mencionados en primer término, puede destacarse John V. Lombardi, cuyo análisis sobre Venezuela tiene en este sentido, una aplicación más general.

“Es en cierto modo una perogrullada decir que en la Hispanoamérica de 1810 había solamente una serie muy rudimentaria de naciones-estado, jurisdicciones territoriales cuya tenue cohesión nacía más de España que de América. El convencionalismo historiográfico de aludir a la historia colonial de Venezuela cuando esa entidad apenas existía en las postrimerías del siglo XVIII con frecuencia nos lleva a proyectar sobre ese período colonial, y también sobre la época de la independencia, un concepto de identidad política que no se hizo visible hasta bien entrado el siglo XIX. El ejemplo venezolano indica la fragilidad de la identidad nacional hispanoamericana tan bien como pueda ilustrarla cualquier otro país del continente”¹⁷.

Con la finalidad de disponer de una hipotética y sostenible fundamentación previa, podría no ser ocioso determinarla mediante tres puntos básicos: 1) una nación moderna existe con los antagonismos que son propios a la sociedad; 2) el nacionalismo es una categoría ideológica; 3) como dice Eric Hobsbawm, “las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés”¹⁸.

La hipótesis de que el Estado precede a la nación y que el nacionalismo es en definitiva una idealización de ese Estado es un buen punto de partida. Sólo eso, pues no resuelve totalmente el problema por la simple inversión de

¹⁵ Alberto Pla (Compilador) - “Introducción”. *Estado y sociedad en el pensamiento norte y latinoamericano*. Editorial Cántaro. Buesnoa Aires, 1987. Pág. 7-18.

¹⁶ John Holloway - *Marxismo, estado y capital. La crisis como expresión del poder del trabajo*. Fichas temáticas de Cuadernos del Sur. Editorial Tierra del Fuego. Buenos Aires, 1994.

¹⁷ John V. Lombardi - *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Editorial Crítica. Barcelona, 1985. (Primera edición en inglés, 1982). Pág. 125.

¹⁸ E. Hobsbawm, Op. cit. Pág. 18.

los términos, sino porque convoca a poner en su lugar a la reflexión teórica. Podría llamar la atención el hecho de que siendo así, la relación sociedad civil-sociedad política sufriría una inversión de los términos, ya que no sería aquella "productora" de ésta, sino al revés. ¿Habría logrado Hegel poner de cabeza a Marx?

No. Aseverar que el Estado nacional precede a la nación no es afirmar que el estado político precede a la sociedad civil. La diferenciación en clases y los distintos conflictos ya existían como herencia colonial; de tal manera que, existiendo clases, el Estado era infaltable, así se estuviera lejos de lo que se considera un Estado nacional.

Los mecanismos de reproducción no estaban articulados en el seno de instituciones estatales nacionales, pero alguna forma de Estado existía, así sea en las expresiones más pluralizadas o pre-nacionales del poder, como en algunos casos fue el caudillismo.

Con posterioridad, la conformación de la clase dominante desde alguna capa de la burguesía se vio favorecida al estar en condiciones de organizar el trabajo sobre la base de un avanzado estado del proceso de acumulación, muy notable desde mediados del siglo pasado.

Desmantelada la mayoría de los obstáculos residuales de la Colonia (tributos, estancos, esclavitud, corporaciones) y garantizado el control del recurso tierra y con él el de la mano de obra, la transición al capitalismo era un hecho próximo a ser consumado. En el largo camino de las guerras civiles pero también de los acuerdos, las diversas fracciones irían resolviendo la cuestión de la hegemonía en el Estado, pero sea cual fuere el resultado, la exclusión de las clases populares quedaba asegurada.

Si bien hasta las últimas décadas del siglo pasado los conflictos intra-clase postergaron la consolidación de muchos estados americanos, restando definir el ejercicio de la hegemonía en

el seno del poder, es evidente que la exclusión de las clases populares no estaba en discusión, que el Estado nacional existía como tal y que el nacionalismo aportaría su apariencia homogeneizante y legitimadora. El Estado propagaba mediante diversos mecanismos los elementos de solidaridad nacional, entre los cuales la historia no era de menor importancia y para lo cual contó, además de la fuerza, con la intelectualidad correspondiente.

Si se admite que en América Latina las naciones fueron producto del Estado que se configuró en el período de transición al capitalismo; que en esta transición la clase dominante contó con ese artefacto para completar el proceso de acumulación; que ese Estado fue resultado de un pacto político entre clases o fracciones de clase que excluyó a gran parte de la sociedad y sobre la cual aplicó los mecanismos de control que le son propios y que la historiografía coadyuvó a la consagración de algunas formas de la consciencia social entre las que se incluye el nacionalismo, quedará despejado el camino para la indagación del tema en cuestión, aunque parezca una excesiva simplificación de la realidad.

Desde el Estado se creó la nación, y desde el Estado-nación se completó el proceso de acumulación y la transición al capitalismo. Pero el Estado, en lugar de reconocer su propia obra, se consideró heredero de una nación preexistente, tal como los historiadores de la época se esforzaron en demostrar.

LOS HISTORIADORES DEL SIGLO XIX Y EL ORIGEN DE LA NACIÓN

Los historiadores del siglo pasado, que fundaron las historiografías nacionales y aportaron con imágenes del pasado la legitimación de un presente históricamente justificado, tenían en buena parte una íntima vinculación con

el Estado. Su relación con éste era directa, pues a la vez que fundamentaron su origen con la indagación del pasado, en su mayoría pertenecían a la *élite* y muchos de ellos integraban el aparato estatal como burócratas o gobernantes, tales como José Manuel Restrepo (*Historia de la Revolución de la República de Colombia*, 1858); Lucas Alamán (*Historia de México*, 1849-1852); Rafael María Baralt y Ramón Díaz- (*Resumen de la Historia de Venezuela*, 1841); Diego Barros Arana (*Historia General de la Independencia de Chile*, 1854-1857); Bartolomé Mitre (*Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, 1876-1877 y la *Historia de San Martín y de la Revolución Sudamericana*, 1887); Francisco Adolfo Varnhagen (*Historia geral do Brasil*, 1854-1857).

Junto a otros pensadores de la época, los historiadores participaron en la idealización del Estado nacional, al que consideraron emergente natural de un pasado que indagaron con métodos eruditos que creyeron insospechables y que demostraba, a fin de cuentas, que las naciones ya existían como tales al momento de producirse la Independencia y en consecuencia, las clases que asumían el control no eran usurpadoras del poder que ahora detentaban.

Los historiadores europeos y norteamericanos del siglo pasado se dedicaron poco al tema latinoamericano (más ocupados en sus propios casos nacionales), excepto los españoles, que lo hicieron desde otra perspectiva al abordar estudios sobre historia americana, tales como Mariano Torrente (*Historia de la revolución hispanoamericana*, 1829-1830); Gil Gelpi y Ferro (*Estudios sobre la América. Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes*, 1864-1870); Miguel Lobo (*Historia General. Antiguas colonias Hispano Americanas. Desde su descubrimiento hasta el año mil ochocien-*

tos ocho, 1875); José Coroleu (*América. Historia de su colonización, dominación e independencia*, 1894-96). Lo hicieron tanto desde el liberalismo como desde el absolutismo, pero en su mayoría consideraron la Independencia una segregación, salvando los matices que los diferencia.

Para España, la cuestión de la nación estaba íntimamente asociada a América. Primeramente, al promover la versión de que todos los súbditos eran iguales ante la Corona durante la Colonia, cuyo punto culminante se alcanzó con la convocatoria a los representantes americanos a las Cortes de Cádiz en 1812; luego, cuando en la segunda mitad del siglo pasado su política colonial en Marruecos, Filipinas y en América presentaba más dificultades que éxito y se esgrimía el panhispanismo como vehículo del pretendido expansionismo español y del concepto de *raza hispánica* (nación española).

Es decir, para los historiadores españoles, la cuestión de la nación incluía a América y en no pocos casos a Portugal, además de la abultada agenda de temas peninsulares como ocupación francesa, caudillismo, federalismo, liberalismo, republicanism, guerras civiles, regionalismo, etc, según la época en que realizaran su trabajo historiográfico y por supuesto, según la matriz ideológica de la cual provenían.

Sin duda, estas obras de historia americana realizadas por españoles no deberían faltar en un análisis de mayor aliento; tampoco si se tratara de una investigación sobre la cuestión de la nación española, pero para el caso aquí abordado interesa circunscribirse a las historiografías nacionales, sin dejar de lado las obras sobre el conjunto americano como la del chileno Diego Barros Arana, *Compendio de la historia de América* (1865), que en términos generales adoptaba interpretaciones historiográficas de los autores latinoamericana-

nos antes mencionados, así como de otros indicados en la actualización bibliográfica que incorporó a la segunda edición de 1894. En su obra de madurez, *Historia general de Chile*, (1884-1902), Diego Barros Arana alcanzó una de las realizaciones más importantes de la historiografía latinoamericana del siglo pasado, siendo a la vez el historiador de Chile y el americanista más destacado de su época.

Un estudio prosopográfico realizado hace algunos años por Bradford Burns sobre 63 historiadores latinoamericanos del siglo pasado daba como resultado, entre otras cosas, que salvo un caso, todos eran varones y que pertenecían a la clase dominante.¹⁹

En un trabajo recientemente concluido hice al respecto el siguiente comentario:

“Ni la ubicación social ni el alto índice de masculinidad debe sorprender, ni siquiera si se lo compara con otras actividades de la cultura donde la tendencia era menos acentuada en ambos casos, aunque la postergación, tanto social como de género, explica en parte esa situación. En la época, la tarea del historiador estaba asociada a la actividad propia de la sociedad política y ésta, como se sabe, estaba integrada en su mayor parte por los varones de la clase dominante”.²⁰

Los intelectuales en general aportaron lo suyo. Los historiadores que integraban esa intelectualidad constituyeron una comunidad a

partir de ciertos cánones que consideraron propios de la disciplina, a la que le adjudicaron el llamado “método crítico” y que incluía forma y contenido del discurso histórico, prevaleciendo la historia política y narrativa de los nuevos Estados a partir de la Independencia.

El predominio narrativista debió afrontar cambios de los ejes temáticos en la historiografía finisecular, cuyo espectro fue notoriamente ampliado desde comienzos del siglo XX, al desplazar en parte el énfasis casi exclusivo de la historia política y militar, como ya lo hacían Ernesto Quesada, Capistrano de Abreu y varios otros. No obstante, el contenido elitista de la historiografía asociada al Estado no varió, ni por la incorporación de nuevos temas, ni porque cambiara la forma del discurso histórico.

De todos modos, aunque la interpretación histórica siguiera correspondiendo a ese contenido, el avance de la disciplina abría nuevas perspectivas. Diego Barros Arana es un ejemplo claro al respecto, siendo un intelectual estrechamente vinculado al Estado chileno, aunque no siempre al gobierno de turno. Su simpatía personal y política con Bartolomé Mitre se expresó en muchos aspectos, entre los cuales no menos significativo fue su decidido apoyo en la polémica con Vicente F. López. A la historia política y al narrativismo había adherido desde su juventud, siguiendo a Andrés Bello y sus discípulos de la Universidad de Chile, tal como lo demostró desde su primera obra de importancia, cuando a los 23 años inició la publicación de su *Historia general de la Independencia de Chile*, en 1853.

Años más tarde, cuando el Estado chileno estaba férreamente consolidado y las novedades historiográficas europeas se adaptaban a la etapa, Barros Arana reconocía los límites de una historiografía en servidumbre total a la secuencia cronológica y que excluyera otros

¹⁹ E. Bradford Burns - “Ideology in Nineteenth - Century Latin American Historiography”, en *Hispanic American Historical Review* 58 (3), 1978. Pág. 409-431.

²⁰ Ricardo A. Rivas - *Historiadores del siglo XIX y la Historia de América*. Serie Estudios e Investigaciones, nro. 26. Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, 1995. Pág. 47. Analizo éste y otros aspectos de la historiografía del siglo XIX. Las fuentes y las consultas bibliográficas fueron relativamente numerosas y he tratado en lo posible de no repetir las en estas notas, pese a que su utilización en el presente trabajo es obvia, en particular algunas citas.

temas distintos a la política. Sobre lo primero, creía conveniente adherir, pero concedía que su importancia podía ser relativa y en cuanto a lo segundo afirmaba lo siguiente:

“La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros, de sus generales, y de sus hombres notables, sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus creencias, su vida material y moral...”²¹

Ahora bien, no debe llamar la atención que la historiografía primigenia imaginara un pasado nacional previo a la Independencia. Por un lado, la nacionalidad preexistente otorga legitimidad al ser naciones oprimidas las que se liberan y no élites que usurpan un poder que nunca les perteneció. En los países hispanoamericanos construye factores de diferenciación con la exmetrópoli y entre ellos mismos, cuando ni la lengua ni la religión resultaban ser los adecuados para el caso. En Brasil sucede otro tanto; de la exmetrópoli se diferencia en aspectos raciales, tan obvios como en la propia geografía; del resto de América, por el pasado colonial, el proceso independentista y la evolución política ulterior.²²

Si la legitimación en clave de nación preexistente no era novedosa en el mundo de la época, sí lo eran las condiciones en que se presentaba luego de la independencia en las excolonias. En efecto, como lo hizo notar José Aricó en *Marx y América Latina* (1982), ni las diferencias étnicas o lingüísticas, ni una cultura oral antepuesta a la alta cultura del colonizador, ni mucho menos el recurso de una unidad nacional previa a la conquista daban el fun-

damento necesario. En consecuencia las alternativas eran dos; o se buscaba raíces en el más remoto pasado prehispánico, o se trataba de encontrar el origen de la nación en el pasado colonial al que precisamente se repudiaba. En gran medida, hasta promediar el siglo pasado aproximadamente, el pensamiento liberal prefirió la primera, en tanto que la historiografía recurrió a la segunda cuando se conformó más específicamente como disciplina y cuando los estados nacionales adquirieron una definición mayor.

En una insinuante interpretación de la primera opción, Barros Arana dice en su *Compendio de Historia de América* ya citado, que los criollos habían olvidado las tradiciones españolas y se “llamaron descendientes de Atahualpa y de Guatimocin, de Caupolican y de Lautaro”.²³

Esta hipótesis, de connotación romántica, parecería ser fuerte en México, donde el origen precolombino de la nación había sido sostenido por el liberalismo más radical, tal como lo interpretaba Carlos María Bustamante; también en el Río de la Plata, donde el pasado indígena no ofrecía iguales posibilidades, Juan María Gutiérrez llamaba “nuestros padres” a Moctezuma y Atahualpa, en su discurso inaugural del Salón Literario en 1837.²⁴

De la misma manera, para Rafael María Baralt, el pasado prehispánico había dejado poco para recordar. La nacionalidad se había conformado en un medio natural distinto al de la metrópoli, con costumbres que se fueron

²¹ Diego Barros Arana - *Historia general de Chile*. 16 vol. Ed Rafael Jover. Santiago, 1884. tomo I. Prólogo. Pág. XI.

²² Manoel Luis Salgado Guimaraes - “Nacao e Civilizacao nos Trópicos: O Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o Projeto de uma História Nacional”, en *Estudios históricos*. Caminhos da historiografia. nro 1. Río de Janeiro, 1988. Pág. 5-27.

²³ Diego Barros Arana - *Historia de América*. Imprenta Cervantes. Santiago de Chile, 1908. Tomo II. Pág. 74. (Edición de 1894, levemente modificada y actualizada. Primera edición, 1865).

²⁴ Juan María Gutiérrez - “Fisonomía del saber español: cual deba ser entre nosotros” (Discurso inaugural del Salón Literario, junio de 1837), en Bratriz Sarlo (selección y prólogo) *Juan María Gutiérrez. La literatura de Mayo y otras páginas críticas*, Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1979. Pág. 9.

haciendo propias y que diferenciaron a los criollos, tanto de los indígenas como de los españoles, pese a descender de estos últimos.

“Dos hechos al parecer contradictorios llaman desde luego la atención en las antiguas costumbres venezolanas; es a saber, la perfecta identidad de ellas con las de España en las clases principales de la sociedad, y la falta total de recuerdos comunes (...), los criollos apenas se acordaban de su origen”.²⁵

La hipótesis de que la formación de la nación se había plasmado durante la colonia fue la que en general obtuvo mayor aceptación en las últimas décadas del siglo pasado, sin dejar por eso de sustentarse en una fuerte diferenciación con España, cuya atenuación -como veremos-, fue progresivamente notoria.

Con la configuración de los Estados nacionales la historiografía coadyuvó a las tareas nacionalizadoras que desde el estado impulsaba la clase o fracciones de la clase dominante, aún sin haber logrado su total hegemonía.

Al promediar el siglo XIX, la fundamentación y justificación histórica en sentido nacional avanzaba en casi todos los países latinoamericanos. En el Cono Sur, las historiografías nacionales más desarrolladas coincidían con una mejor configuración del propio Estado nacional en cada caso, y con un buen entorno institucional para el fomento de la disciplina.

Se trata de Chile y Brasil, donde por distintas razones se había avanzado hacia una precoz configuración del Estado nacional, aunque en forma muy incompleta por el momento. En efecto, entre el paso de la “república autoritaria” a la “república liberal”, en Chile se fue alcanzando un conflictivo pero perdurable pacto político entre las distintas fracciones de la cla-

se dominante. La Universidad de Chile creada en 1842, con la firme conducción de Andrés Bello -admirador de Herder y partidario de la narrativa erudita- y un conjunto de brillantes historiadores (Amunátegui, Vicuña Mackena, Barros Arana) impulsó una de las historiografías nacionales más importantes de América Latina. Si en la primera mitad del siglo el liberalismo republicano se expresaba en una versión antiespañola con los escritos de Infante y Lastarria, en la segunda mitad prospera una visión discretamente atenuada, tal como la que elaboraron los historiadores mencionados y que en general, puede considerarse la “historia oficial”; el Estado nacional chileno tenía ya un pasado ejemplar y un futuro promisorio.

En Brasil el proceso se había configurado en el paso de la Regencia al reinado de Pedro II y allí la contribución de la historiografía en la idealización del Estado fue también fecunda. Desde el Instituto Histórico y Geográfico creado en 1838 se impulsó la investigación histórica y se indicó qué historia hacer. En efecto, el artículo *Cómo se debe escribir la historia del Brasil* (1845) del investigador alemán Karl Friederich Philipp von Martius publicado en la *Revista del Instituto* fue considerado un modelo a desarrollar, que en parte adoptó Francisco Adolfo Varnhagen en su *Historia general de Brasil*, 1854-1857.

Al promediar el siglo pasado la historiografía latinoamericana había resuelto en gran medida la cuestión de la naciente nacionalidad, interpretando que se trataba de naciones sojuzgadas, emergentes de la lucha anticolonialista como estados independientes. La versión antiespañola de la primera historiografía tenía ese carácter nacionalizador y si bien moderó su radicalismo a partir de las últimas décadas del siglo pasado, radicó una imagen indeleble que constituyó “el mito de los orígenes”.

²⁵ Rafael María Baralt, y Ramón Díaz - *Resumen de la Historia de Venezuela*. A. Bethencourt e hijos. Curazao, 1887. (Primera edición, París 1841). Tomo I. Pág.434.

Esta cuestión sobre la que tanto insiste Chiaramonte no necesita más demostración. Como curiosidad, agrego entre las innumerables muestras el caso de un periódico insurreccional (1810-1812) que tres veces cambió de nombre, iniciándose como *Despertador Americano*, luego *Ilustrador Nacional* y nuevamente *Ilustrador Americano*, siendo muy posible que el retorno al calificativo *americano* se adecuara mejor para garantizar adhesiones, pues el término *nacional* era menos conocido por las clases populares, según comentaba hace varios años J. M. Miguel y Vergues en un estudio sobre la prensa mexicana de la época.²⁶

En varios casos, la historiografía hispanoamericana consideró 1810 el año onomástico de las naciones emancipadas, “la Santa hermandad del año 10” como la llamaba Vicuña Mackena en su *Historia de la Revolución de la Independencia del Perú. 1809-1819*, (1860) y que según Bartolomé Mitre en su *Historia de San Martín...*, se habían levantado ese año “como movidas por un mismo resorte”.²⁷

En su *Historia de Belgrano...*, Bartolomé Mitre interpretaba que el gobierno surgido el 25 de mayo de la “primera constitución política (...) se emancipaba “invitando a los pueblos a seguir el ejemplo de Buenos Aires”.²⁸

En términos similares lo había hecho Rafael María Baralt en su *Resumen de la histo-*

ria de Venezuela que publicó en 1841, al expresar que el 19 de abril de 1810 Caracas había enviado emisarios a las provincias para “convidarlas a la unión”.²⁹

Este *convite*, al igual que la *invitación* mencionada por Mitre, podría significar claramente la inexistencia de una nación previa. No obstante, se interpretó lo contrario, plasmándose otra imagen en los símbolos de la nación, cuya proyección mediante la educación tuvo características bastante similares en toda América Latina.

Al respecto, los dos epígrafes con que se inicia este artículo son ejemplos válidos, tanto para el caso venezolano como el argentino.

En el primero, tomado de la marcha “Gloria al bravo Pueblo” que fuera redactada en 1811 por Vicente Salías, la única referencia a la nación se expresaba en términos de *América*: “Unidas con lazos que el cielo formó, la América toda existe en Nación”. (Tampoco en el Río de La Plata, como lo ha demostrado José Carlos Chiaramonte, existía en la época una identidad nacional argentina). Sin embargo, la marcha mencionada fue consagrada como Himno Nacional de Venezuela en 1881, durante la gestión de Guzmán Blanco, cuando el Estado había alcanzado una relativa consolidación.

El segundo, -fragmento del Prefacio a *El ciudadano argentino. Nociones de Instrucción Cívica* de Francisco Guerrini (1892)-, había sido redactado por Carlos L. Massa, quien llamaba *argentinos* a los protagonistas de Mayo: “...formar *argentinos* a ejemplos de aquellos que por serlo, golpeaban en 1810 las puertas del Cabildo...”³⁰

²⁶ J.M. Miguel y Vergues - *La Independencia Mexicana y la Prensa Insurgente*. Fondo de Cultura Económica. México, 1941.

²⁷ Bartolomé Mitre - *Historia de San Martín y de la Revolución Sudamericana*, 2da edición de 1890. Reproducida en la Colección de Historia de los Grandes Hombres Argentinos. Ed Jackson, Buenos Aires, sf. Tomo I. Pág. 60. (Primera edición, 1887).

²⁸ Bartolomé Mitre - *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. 4ta edición de 1887. Reproducida en la Colección de Historia de los Grandes Hombres Argentinos. Ed Jackson, Buenos Aires, sf. Tomo I. Cf. Capítulos VIII a X. Cita en pág. 349.

²⁹ Rafael María Baralt y Ramón Díaz - Op cit. Tomo II. Pág. 48-49.

³⁰ Francisco Guerrini - *El ciudadano argentino. Nociones de Instrucción Cívica*. Aprobado como texto por el Consejo nacional de Educación y por el Consejo General de la Provincia de Buenos Aires. 4 edición. Talleres Solá Hnos. La Plata, 1895. (Primera edición, 1892). (Sic, subrayado por el autor). Pág. 5.

La educación, que el Estado argentino promovía desde la década del 80', se sustentaba en dos asignaturas escolares fundamentales para nacionalizar la sociedad: la Instrucción Cívica y la Historia Patria. Se propagaba el conjunto de símbolos adecuados a ciertas pautas ciudadanas, incluyendo entre tantos, la cuestión del origen de la nación.

Resuelta la transición al capitalismo, la organización estatal y la solidaridad nacional resultaron ser las expresiones político-ideológicas de la etapa. Los historiadores, muchos de ellos desde la masonería, contribuyeron adaptando imágenes del pasado a las nuevas exigencias de la consolidación del Estado nación, no siendo desestimable su aporte al producirse el conflicto entre Estado e Iglesia y mucho menos al ser superado, pues ésta, subordinada al Estado -en distinto grado según los casos-, sumó los suyos a los mecanismos implementados desde el poder para disciplinar y moralizar a las masas.

ENTRE FINALES DE SIGLO Y LOS PRIMEROS AÑOS DEL 900

La historiografía finisecular desarrolló nuevas interpretaciones sobre el pasado y cambió algunas valoraciones, pero en gran medida mantuvo una interpretación análoga en cuanto al origen de la nación. Liberales y conservadores, hispanistas y antihispanistas confrontaban cada vez menos y coincidían cada vez más en que las naciones americanas preexistían a los estados y que las guerras civiles, el caudillismo, el federalismo, las alianzas con países extranjeros, etc, constituían fuerzas disgregadoras y en consecuencia, antinacionales.

Por diversas razones, varias historiografías nacionales no compartían la valoración del año 10', como Uruguay por su peculiar y posterior independencia o en México, donde 1810

o 1821 constituían fechas de acontecimientos cuya valoración la historiografía republicana debatía junto con el origen prehispánico o colonial de la nación mexicana, pero en líneas generales, éste y otros diferendos quedaron saldados desde finales del siglo pasado, oficializándose imágenes menos controversiales y más apropiadas al momento.

En el Uruguay, esto se lograba con la obra de Francisco Bauzá que esbozaba una tesis de la Independencia de "todo yugo" fundada en la preexistencia de una nación enraizada en la Colonia, cuyo carácter de "historia oficial" fue analizada por Carlos Real de Azúa en *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, 1991. También Uruguay era una nación preexistente y, contrariando a Bartolomé Mitre, diferenciada de la de los argentinos.

En tanto que la obra que organizó Vicente Palacio Riva en 1889 -publicada en los primeros años de este siglo-, *México a través de los siglos*, reconciliaba interpretaciones encontradas entre las tradiciones liberal y conservadora, que en gran medida estaban representadas por las obras de Carlos María Bustamante y Lucas Alamán, respectivamente. La Independencia constituía, para ambas versiones historiográficas, la culminación de un proceso de liberación nacional, diferenciándose en que mientras para la primera, el origen estaba en el pasado anterior a la Conquista, para la segunda se ubicaba en el período colonial, o hispánico como preferían llamarlo.

El positivismo mexicano propuso una interpretación superadora que en definitiva, privilegiaba el pasado hispánico, tal como lo fundamentaba Riva Palacio en la obra mencionada:

"La Nueva España no fue la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de trescientos años de dominación extranjera. Fuente de históricos errores y de extraviadas

consideraciones filosóficas ha sido considerada así, cuando es un pueblo cuya embriogenia y morfología deben estudiarse en los tres siglos del gobierno español durante los cuales, con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes, formóse la individualidad social y política que, sintiéndose viril y robusta, proclamó su emancipación en 1810.”³¹

También es el caso de la *Historia de Colombia*, de José María Henao y Gerardo Arrubla, realizada por encargo de la Academia de la Historia en 1910, texto oficial para la enseñanza de la historia y síntesis superadora del conflicto del siglo XIX entre la historiografía liberal y la conservadora, que en buena medida representaban José Manuel Restrepo por un lado, y José Manuel Groot por el otro.

Los casos se repiten en varios países latinoamericanos, con matices pero con una tendencia similar. Nuevas generaciones de historiadores, a veces desde lo que se denominó “nuevas escuelas” (sólo algunas lo fueron en sentido estricto), analizaron críticamente la historiografía anterior y propusieron una interpretación alternativa. Ricardo Levene, Francisco Encina, José Gil Fortoul, Vicente Palacio Riva, Joao Capistrano de Abreu, son algunos de los más representativos. Sin embargo, tanto las diferencias y confrontaciones iniciales, como las eclécticas y conciliadoras soluciones mencionadas no modificaron sustancialmente la cuestión de los orígenes, pues en el pasado prehispánico o en la colonia hispánica se encontraba el origen de la nación, en casi todos los casos.

Si en el paso de uno a otro siglo las for-

mulaciones menos antihispanistas fueron ganando espacio, al aproximarse la fecha del Centenario esto fue más notorio, profundizándose en los años posteriores. Además del fuerte hispanismo sustentado por historiadores como Rómulo Carbia y el mexicano Carlos Pereyra, esta tendencia tuvo adherentes desde otros enfoques. Tal es el caso de una hipótesis muy debatida (y que en algunos círculos continúa siendo explorada) que caracterizaba como guerra civil al conflicto bélico con España. Historiadores españoles habían recurrido a ella señalando que se trató de una guerra “fratricida”, como la definía el historiador catalán José Coroleu, autor de una historia americana publicada en 1894-1896, en la cual además esgrimía el argumento del origen español del federalismo, coincidentemente con la valoración que sobre el tema venía desarrollando Francisco Pi y Margall.

Esta hipótesis, por un lado, atenuaba la versión de un conflicto anticolonial; por el otro, abría perspectivas para un análisis basado en el conflicto social. En el primer caso, tuvo su expresión más extrema en el hispanismo de base clerical, pero predominó la síntesis superadora del pensamiento positivista. En el segundo, interés a la historiografía marxista contemporánea, al emparentar aquel debate con el que trataba de dirimir si el proceso había sido o no una revolución, tal como lo señaló Germán Carrera Damas en una ponencia que tituló *Las élites y la revolución*, presentada en Caracas con motivo del Bicentenario del natalicio de Simón Bolívar (1983).

La formulación conciliadora del positivismo había tenido su más clara expresión en Venezuela, cuando en 1911 Laureano Vallenilla Lanz sostuvo su hipótesis de guerra civil ante lo cual reaccionó José Gil Fortoul, defensor de la tradición liberal; pero esta reacción estaba lejos de sus congéneres de la primera hora. Por

³¹ Citado por Silvio Zavala - “Vivencias de la historia mexicana en época hispánica”. Conferencia dictada en el Liceo Internacional de Saint Germain en Laye, el 22 de abril de 1986. Reproducida en Enrique M. Barba (in memoriam). *Estudios de Historia*. Fundación Municipal de La Plata, 1994. Pág. 547-554. Cita en pág. 551.

algo Gil Fortoul había sido considerado el Hipólito Taine de Venezuela y evaluaba al anti-hispanismo como un anacronismo felizmente superado.

En Brasil la historiografía dio también un paso de tenor similar. La diferenciación con el resto de América, tan notable durante el siglo pasado fue menguando, tal como lo demuestra un sentimiento de pertenencia al conjunto americano que la historiografía se esforzó en potenciar.

Efectivamente, en 1912 M. de Oliveira Lima dictó una serie de conferencias en la Universidad de Stanford que luego, con el nombre de *La evolución histórica de América Latina. Bosquejo histórico*, publicó en la Biblioteca Ayacucho, dirigida por Rufino Blanco Fombona. Por su parte, el Instituto Histórico y Geográfico comenzó a organizar en 1915, el I Congreso Internacional de Historia y Geografía que se realizaría en conmemoración del Centenario en 1922. Resulta de interés señalar que fue el Instituto, sede de aquel evento realizado en Río de Janeiro, el que propuso la realización de una obra colectiva de Historia de América, la cual como es sabido, se concretó años más tarde bajo la dirección de Ricardo Levene.

El Centenario fue considerado en varios países latinoamericanos como un momento propicio para reflexionar sobre el pasado haciendo un balance, y a la vez, vislumbrando un futuro que se presentaba en general bastante promisorio para naciones que se autoconsideraban ahora en su madurez.

Las diferencias que había dividido aguas entre distintas versiones historiográficas, provenientes de interpretaciones que habían surgido de controversias muy agudas, se consideraron cosa del pasado.

Salvando matices, en general esto se registra en todo América Latina. Sin embargo,

en 1910, con el Centenario del Grito de Dolores, México iniciaba también su Revolución Agraria y una nueva controversia, tal como era considerar el nacimiento de la ola revolucionaria en 1906 con el accionar de los hermanos Flores Magón o con la formulación democrática de Francisco Madero en 1910.

Parecía emerger una interpretación distinta de la historia, de la más reciente por supuesto, pero también de la más lejana, aunque la solidaridad con la nación era casi indiscutible en la mayoría de los casos, excepto para algunos militantes anarquistas, muchos de ellos inmigrantes extranjeros.

El socialismo, en general, no sostenía una fórmula antinacionalista. Poco antes del Centenario, Alfredo Palacios decía: "No creemos que la bandera roja excluya a la bandera argentina". Cuando el 14 de mayo de 1910 una provocación policial apoyada en grupos de choque terminó con el asalto al periódico *La Vanguardia*, los socialistas denunciaban el hecho y a la vez recordaban a "los heroicos revolucionarios" de la Independencia, considerándose a sí mismos "los continuadores de aquella obra histórica, porque propulsamos al país por los nuevos caminos..."³²

Uno de los balances más claros desde la perspectiva socialista latinoamericana fue realizado por Luis Emilio Recabarren en su ensayo *Ricos y Pobres a través de un siglo de vida republicana* (1910), en el cual hacía un análisis de la estructura de clases chilena a la vez que ponía en cuestión el contenido social de la Independencia y responsabilizaba a los historiadores por haber creado una imagen acorde a esos intereses, pues "los historiadores sólo buscaron los héroes, los personajes, entre las

³² Jacinto Oddone - *Gremialismo proletario argentino*. Editorial Líbera. Buenos Aires, 1975. (Primera edición, 1949). Pág. 332-333.

familias de posición, entre la gente bien". Para Recabarren, el 18 de septiembre se celebraba el centenario de "la independencia de la clase burguesa" y no "la independencia del pueblo".³³

Entre los festejos del Cuarto Centenario del Descubrimiento y el Centenario Patrio, se perfilaron nuevas valoraciones de la Independencia, pero se interpretó un solo origen verdadero, disputándose en todo caso, la legitimidad de los herederos.

Durante el período de entreguerras el marxismo profundizó el tema. Luis Chavez Orozco (México), José Carlos Mariátegui (Perú), Carlos Irazabal (Venezuela), Rodolfo Puiggrós (Argentina) realizaron estudios de la historia de sus respectivos países, sin replantear totalmente la cuestión de los orígenes, pero desde enfoques que aproximaban una perspectiva superadora de la tradicional.

En 1928 Mariátegui explicaba la Independencia en el contexto del capitalismo a nivel mundial y de los intereses de clase. Así como presumía al final del período colonial la existencia de una "embrionaria burguesía", también sostenía que en América emergían "embrionarias formaciones nacionales", considerando a la Independencia, "inspirada y movida, (...) por los intereses de la población criolla y aún de la española, mucho más que por los intereses de la población indígena"³⁴.

Con este enfoque llegaba luego a esta interesante conclusión:

"No somos un pueblo que asimila las ideas y los hombres de otras naciones, impregnándolas de su sentimiento y su ambiente, y que de esta suerte enriquece, sin deformarlo, su espíritu nacional. Somos un pueblo en el que conviven, sin fusionarse aún, sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores. La República se siente y hasta se confiesa solidaria con el Virreinato. Como el Virreinato, la República es el Perú de los colonizadores, más que de los regnícolas. El sentimiento y el interés de las cuatro quintas partes de la población no juegan casi ningún rol en la formación de la nacionalidad y de sus instituciones"³⁵

Rodolfo Puiggrós (1940) también llegaba a conclusiones en parte análogas, tales como ubicar el proceso independentista en el contexto del capitalismo a nivel mundial y básicamente centrar el análisis en las clases sociales. En el diagnóstico mediante el cual explica las causas por las cuales no se conformó una nación hispanoamericana (según la conocida fórmula de José Stalin), Puiggrós encontraba responsables en "las relaciones de clase precapitalistas", pero seguía creyendo, sinceramente, que durante las invasiones inglesas se había despertado la "conciencia nacional".³⁶

Estos y otros historiadores e intelectuales marxistas vacilaban en acertar una propuesta alternativa a la de la historiografía tradicional, pero es evidente que estaban planteando otra manera de pensar la historia.

CONCLUSIONES

Las investigaciones sobre el origen de la nación en las condiciones esbozadas anteriormente pueden constituir un aporte al conocimiento de la situación actual y fundamentalmente vislumbrar algunas perspectivas cuando la situación del Estado nacional en el mundo

³³ Luis E. Recabarren - *Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*. Editorial Quimantú. Santiago, 1971. (Publicado por primera vez en 1910).

³⁴ José Carlos Mariátegui - *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta. 10 ed. Lima, 1969. Pág.16-17 y ss. (Publicado por primera vez en 1928).

³⁵ *Ibíd.* Pág.105-106.

³⁶ Rodolfo Puiggrós - *De la Colonia a la Revolución*. Ediciones Leviatan. Cuarta edición modificada y ampliada. Buenos Aires, 1956. En particular el Capítulo VI. Pág. 249-276. (Publicada por primera vez en 1940).

anuncia una crisis de gran alcance.

Por su parte, un estudio sobre el origen de la nación sostenido en fuentes historiográficas reviste un gran interés, no solo porque por ese camino se garantiza un mejor conocimiento de la evolución de la disciplina y de las ideas pre-valetantes, sino porque puede ser un buen vehículo para el análisis de una realidad mayor como es el Estado y los intelectuales.

También resultan útiles las recomendaciones de Pablo Buchbinder de agregar a las fuentes que se vienen utilizando (códigos, cartas y pronunciamientos, congresos constituyentes) los informes diplomáticos, la prensa periódica y la correspondencia privada, avanzando en el conocimiento de la historia política.³⁷

De acuerdo, aunque conviene recordar que es necesario enmarcar el análisis en los aspectos propios del funcionamiento estatal, su conformación y consolidación, las relaciones internas e internacionales, etc, de tal manera que se disponga de un marco explicativo que facilite la búsqueda de respuestas al interrogante sobre el origen del Estado-nación y a su crisis actual, en el marco de la división del trabajo.

Al respecto -ya lo dije-, la historia social sigue ofreciendo instrumentos adecuados para el análisis, pues en última instancia, se trata de abordar el estudio de la esfera ideológica y política en el contexto de la realidad "total", sin caer en la simple "narración de la política".

Con la globalización, parecería que el nacionalismo como versión ideologizada del Estado ha perdido consistencia. El Estado mismo muestra síntomas de incapacidad operativa en aspectos tales como en la subordinación del trabajo al capital y en la retención de éste mismo

dentro del espacio territorial que le compete, como lo ha señalado John Holloway.

"...cambió radicalmente la relación entre el estado nacional y el movimiento global del capital, y por lo tanto cambió radicalmente la naturaleza misma del Estado. Si una parte del supuesto de que cualquier Estado tiene necesariamente que tratar de atraer a su territorio o de retener dentro de su territorio el mayor capital posible, entonces está claro que con el auge masivo de la movilidad del capital a partir de los 70, las condiciones de existencia de los estados cambiaron radicalmente."³⁸

Son esas condiciones, precisamente, las que han puesto a prueba la cuestión de la nación como elemento cohesionante; puede ser incluso que esté atravesando una crisis de dudosa recuperación, pero mientras el Estado exista, dispondrá de elementos homogeneizadores de una sociedad de clases.

Para ello, cuenta con los aparatos de dominación a los que se refería Alberto Pla al analizar la relación de los intelectuales y el Estado, entre ellos los historiadores. Cabe a otros intelectuales reflexionar desde otra perspectiva, incluyendo, claro está, a los historiadores.

³⁷ Pablo Buchbinder - "La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación", en *Cuadernos del CLAEH*, nro 69. Montevideo. 2da serie, año 19. 1994. Pág. 29-47.

³⁸ John Holloway-"El poder del Trabajo y la Reorganización Territorial de los Estados Capitalistas", en *Op cit*, pág.164.